

PALABRAS EN EL AIRE



PALABRAS EN EL AIRE

IES SAN JUAN DE LA CRUZ

NÚMERO 9. JUNIO 2019

ÍNDICE

Homenaje a Encarna Reinón	Pág. 4
Para Encarna	Pág. 5
Palabras leídas por Candela Rabadán Martínez	Pág. 6
Ganadores del certamen literario	Pág. 8
Microrrelatos	Pág. 9
Velocidad	
Tarde de primavera	
Epístola en llamas	Pág. 10
El guardián del alba	Pág. 14



EDITORIAL

El día que llegué al instituto San Juan de la Cruz por primera vez, quien me enseñó el departamento de Lengua y empezó a explicarme cómo funcionaban las cosas fue Encarna Reinón; cuando organicé con un grupo de 3º ESO la representación de la obra de teatro *La dama del alba*, también fue ella quien me ayudó a llevarla a cabo, adaptando el texto y aconsejándome desde su experiencia; y cuando, años después, esta revista inició su andadura, igualmente fue Encarna quien más se involucró en el proyecto y quiso colaborar conmigo.

Todo esto demuestra que era una persona entregada a su trabajo, con fe en la labor que realizaba y siempre dispuesta a ayudar y a trabajar con firmeza.

Para mí, la prueba de su grandeza como profesional la hemos tenido en la reacción de los alumnos ante su muerte y en las palabras de sincero cariño que siguen dedicándole espontáneamente.

La personalidad y la forma de enseñar de Encarna los marcó pero, sobre todo, recuerdan que era alguien que se preocupaba por ellos, es decir, no los trataba como simples alumnos a los que olvidar cuando sales del aula, sino como personas cuyo bienestar realmente le preocupaba.

En este número de *Palabras en el aire* hemos querido rendirle un modesto homenaje, recogiendo las palabras que leyeron sus compañeros y alumnos en el acto que se convocó en su honor.

Nuestro centro ha perdido una profesora excepcional, pero sabemos que su labor sigue viva en la memoria de sus alumnos.

HOMENAJE A LA PROFESORA ENCARNA REINÓN

Todos deseáramos que el motivo de estas palabras hubiese sido otro muy distinto al que nos convoca hoy en un acto unánime de cariño y reconocimiento a la profesora, compañera y amiga, Encarna Reinón.

Lo que más destacaba de Encarna era su categoría humana. Atribuir esta cualidad a una persona parecería, por definición, redundante, pero paradójicamente es este un don que no todos los seres humanos poseen, un don difícil de explicar, que la naturaleza otorga a ciertas personas sin que en ello intervengan de forma determinante su inteligencia, su formación o un comportamiento específico. Aunque es una virtud que no desdeña la sabiduría, la sensatez y la afabilidad, su atractivo principal se deriva de la belleza moral que determina cada uno de los actos efectuados. Se trata de una secreta seducción que irradian algunos hombres y mujeres, como Encarna, a través de su forma natural de ser y de estar, sin que puedan hacer nada por evitarlo. Este don es mucho más cautivador que el talento, porque provoca en los demás una reconfortante armonía con lo que les rodea.

Nos sentimos afortunados de haber compartido tantas horas con una persona como Encarna. En la distancia corta, su calidad humana se descubría con facilidad en la expresión de un auténtico amor a enseñar y a la gran consideración en el trato a sus alumnos. Era muy buena en su oficio y cumplía con su deber, por ser su deber, sin darle más importancia. Su aura de humanidad también se expresaba en la forma de ser compañera, solícita a cualquier petición, alejada siempre de las formas agresivas, pero sin dejar de ser contundente en sus opiniones, con claridad de ideas, como si la madurez hubiese sido un estado natural en ella desde su nacimiento. Y como amiga, nuestra querida Encarna siempre estaba dispuesta a escuchar y a aconsejar con la sensatez que la caracterizaba.

Nunca vamos a olvidar su modo de mirar, de hablar, de guardar silencio, de caminar, de sonreír, de permanecer siempre en un discreto segundo plano, con humildad, sin ser consciente de su gran presencia allí donde se encontrase... Ante el hecho desgarrador de su pérdida, podemos afirmar que nunca se va a ir del todo, porque siempre estará en el lugar que nuestra memoria reserva para aquellos a quienes queremos.

PARA ENCARNA

Buenos días a todos. Desde la junta directiva de ADESAN, conformada por nuestra presidenta María Amina Bouhammed Sánchez, la vicepresidenta Marina Torres Vélez, la tesorera Natalia Brotons Giménez, nuestros dos vocales, Juan Miguel Valverde García e Inmaculada Haro Martínez, y el secretario Elías Robles García, queríamos daros la bienvenida a este pequeño acto en memoria de Encarna, la profesora de Lengua Castellana y Literatura que falleció el pasado sábado por la madrugada.

Los que acudimos al velatorio de Encarna, de los cuales puedo ver algunos aquí y entre los que yo me incluyo, sufrimos en carne propia un batacazo anímico al contemplar la desoladora escena que ocurría ante nuestros ojos. Familiares, amigos y, en general, gente querida y que quería a Encarna lloraban su marcha y se daban mutuamente las condolencias.

A lo largo de mi corta vida, afortunadamente, he tenido que asistir a pocos velatorios y entierros. Sin embargo, quería compartir con vosotros la reflexión a la que llegué el día que mi abuelo falleció. Nunca nadie se va del todo. Solo muere aquel que es olvidado, y estoy seguro que nadie de todos aquellos afortunados a los que Encarna impartió clase se olvidará jamás de ella. Por eso su marcha me dejó un sabor agri dulce en la boca, porque sé que ella siempre nos acompañará esté donde esté ahora mismo.

Encarna era esa profesora que, por su paciencia eterna y verdadera vocación, no dejaba a nadie indiferente cuando pasabas un curso bajo su tutela. Sé de infinitas anécdotas que los alumnos de este centro tuvieron con ella, algunas narradas con maestría por ella misma y con esa voz tan característica suya que denotaba experiencia y sabiduría.

Desde mi experiencia personal, Encarna fue la persona que me animó y convenció para que escribiera sobre mis pensamientos, pero sobre todo sobre mis sentimientos. Y gracias a esos ánimos, que llegaron a lo más profundo de mi alma, es por lo que hoy aquí estoy recitando este pequeño preámbulo al minuto de silencio que tendremos de un momento a otro. Para no extenderme más, sólo añadiré finalmente que Encarna se merece mucho más que estas humildes palabras que desde ADESAN y todo el San Juan le dedicamos hoy. Faltan días en el año para agradecer todo lo que hizo por nosotros.

Gracias por vuestra atención.

PALABRAS LEÍDAS POR CANDELA RABADÁN MARTÍNEZ

Le queremos dar las gracias por transmitir las ganas y el empeño que ponía al enseñarnos, porque eso es lo que necesitábamos y lo que ahora necesitamos. Ojalá todos pudiesen dar sus clases con la ilusión que ella las daba, siempre hay excepciones pero ella era, sin duda, la estrella de todas ellas. Sonaba el timbre y ni siquiera teníamos que preguntarle al compañero de al lado qué asignatura era la que tocaba, pues esperábamos con ansias sus lecciones, teníamos ganas de aprender.

Ella llegaba, dejaba su bolso de Tous en colores tostados sobre la mesa, lo apartaba un poquito y se sentaba en la esquina del tablero, cruzando una pierna sobre la otra y posando encima de estas sus manos. Se apartaba el pelo con una sonrisa que advertía que ese día había tela telita, pero a nosotros no nos importaba.

“Esa bocaaa”, decía cuando algún perezoso no podía evitar el bostezo a primera hora de la mañana; o ese “Ayyyyy” tan típico de ella cuando te veía comentando con el compañero. También se preocupaba por todos nosotros en todo momento, y sabía perfectamente cuándo algo no iba bien.

Ella siempre tenía una anécdota para todo, algo que nos hacía recapacitar sobre las cosas de la vida día a día. Asimismo podemos recordar el tono y la cara de felicidad que dejaba ver cuando hablaba de su familia, contándonos lo orgullosa que estaba de ella.

Era como nuestra madre, y nosotros como sus hijos; si nos tenía que renegar, el puro nos lo llevábamos (claro que siempre con razón), pero si tenía que felicitarnos por nuestro trabajo no dudaba ni un segundo en hacerlo. Le daba igual la capacidad intelectual de cada uno, nos defendía a toda costa y era empática.

No solo nos ayudó académicamente, sino que también lo hizo a nivel personal, lo que nos hizo poder confiar cada día un poco más en ella, y viceversa.

Gracias por las fichas, las dichosas fichas que ahora nos salvan de cualquier situación; ortografía y morfología, y siempre guardadas como oro en paño. Por cierto, ese bolígrafo rojo con el que ella solía corregir las faltas que invadían las calles



de Caravaca, ahora cada uno de nosotros lo lleva insertado en los ojos, siempre alerta.

Ahora mismo, nos resulta imposible expresar cómo nos sentimos, quizás podríamos llamarlo vacío; la noticia de su mal fue un golpe duro para todos, pero sabíamos con certeza que no se rendiría y daría todo hasta el final, porque ella nos enseñó a luchar y nos recordó que no hay que tenerle miedo a nada en esta vida y que siempre hay que seguir hacia delante.

Para terminar, queremos darle gracias por enseñarnos a no buscar las diferencias entre nosotros y ayudarnos a ser mejores personas. La semilla que plantaste en nosotros sigue creciendo junto a ti, y es infinita.

Este no es el fin de su recuerdo, ni mucho menos, Encarna era única e irremplazable, y desde el primer día tiene un hueco en nuestros corazones; un hueco que siempre le pertenecerá.

Además, ¿qué mejor día que este para hablar de ella y compartir estas palabras?

Feliz día del Libro y el más sincero abrazo para toda la familia de Encarna, porque sabemos que **la llama de su recuerdo nunca se apagará.**

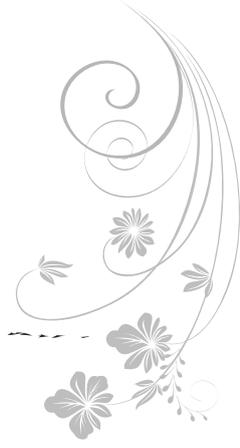




RELATOS GANADORES
DEL
CERTAMEN LITERARIO
ORGANIZADO
POR EL
DEPARTAMENTO
DE
LENGUA CASTELLANA
Y LITERATURA



MICRORRELATOS



PRIMER PREMIO

Velocidad

¶ mientras subía enganchado a un caballo el mundo se paró y entonces, solo entonces, fue consciente de lo que trabajó y sufrió hasta comprender que los pequeños momentos no son en vano. Cuando fue a recobrar ese vivido momento, se cayó. Todo terminó. Asimiló en esa fracción de segundo la levedad de la vida, lo inútil de la preocupación y lo absurdo de aferrarse a algo en la existencia. Se levantó, miró hacia arriba, continuó y nunca más volvió a mirar atrás.

Pablo José Gómez Segura (2BachA)



SEGUNDO PREMIO

Tarde de primavera

Gran prisa le urgía, haciéndose paso entre la multitud, pues con la pipa en boca y tijeras a la espalda, no había quien le alcanzara. Un sonido de dulzaina se dejaba oír a lo lejos, a la vez que una esbelta figura sobresalía sobre el resto, llena de lumares e impactantes ojos azules, que miraban con retintín a la gente del pasacalles.

Corría, giraba, danzaba y volvía a girar, era la gitana, ¡que no les gustaba esperar!

Manuel Pérez Juliana (1BachC)



EPÍSTOLA EN LLAMAS

21 de febrero de 2019.

Querido Fuego:

La has vuelto a liar, te explico, te acuerdas cuando dijiste que no ibas a meterte en asuntos que no eran los tuyos ¿no? Pues lo has hecho, otra vez más.

A ver, comento.

Era algo así como diecisiete de febrero del año pasado, creo que todo empezó el quince, a decir verdad, pero no es lo que ellos creen.

Destino decidió que se conocieran esa tarde y ya sabes cómo se pone Destino cuando te metes en sus asuntos.

En fin, que se conocieron hace poco más de un año, ¿crees que sabes cómo es esto no? Chica conoce a chico, pero chico no quiere sabe nada y al final ella sale destrozada y después de un tiempo y mucho chocolate ella vuelve a ser feliz ¿no? Pues no.

Esta vez la has jodido realmente bien, es que ¿cómo se te ocurre meterte en eso? Pareces nuevo Fuego, es que así no se puede.

Bueno, la cosa es que esta vez, Rose, la chica alta y robusta que vestía como si conjuntase con la luz apagada y que se comía las uñas del estrés; y Julián, el chico con TOC, bajito, de tez canela y pelo al cazo, tenían algo especial, algo que ninguno de nosotros había visto antes, ni tan siquiera Luna, que ampara a todos los enamorados.

Todas las tardes, desde que se conocieron volviendo del instituto, Julián hacía lo mismo, se sentaba en el portal del rascacielos de enfrente del instituto, su madre salía a las tres de trabajar, así que hasta las tres y cuarto tenía que esperar allí; se quitaba la mochila y la apoyaba en la pared del lado izquierdo del tercer escalón, después esperaba a que Rose llegase y mientras que no lo hacía se ajustaba las gomas de los calcetines entre una y demasiadas veces.

Lo hacía justo en ese orden porque temía que si no lo hacía así Rose no llegase antes de las tres y cuarto, si no lo hacía antes de esa hora no podría verla hasta el día siguiente y él no quería eso.

Las primeras semanas él se limitaba a saludarla y hablar con ella hasta que su madre llegaba y abrazaba a la chica para despedirse, pero una vez Rose se despidió de él con un beso en la mejilla lo que el chico interpretó como que ya la conocía el suficiente tiempo como para poder demostrarle un poco más de cariño.

Por su lado Rose era una chica normal, de letras, más de Griego que de Latín, sus notas no eran las mejores, pero era inteligente, ella podía entender cosas complejas con facilidad. Pero no entendía qué le pasaba con el chico bajito de 1ºB, ese chico era tímido pero gracioso, a veces era tierno, era como si él tuviese miedo de acercarse, pero a la vez ella podía ver el ansia por abrazarla en sus ojos, era como un libro con viñetas, fácil de leer.

Un martes de abril, Rose había empezado realmente un mal día, tenía un examen de Filosofía del que no entendía, por no decir nada, siete apartados y medio de los ocho que le entraban en el examen.



A parte, estaba ovulando, le dolía la zona baja del abdomen y se sentía hinchada, y parecía que el mundo iba contra ella esa mañana, por fin salió del instituto, de muy mal humor porque su trabajo para Griego debería de estar hecho, estaba en una etapa del curso en la que se juntaba prácticamente la segunda evaluación con la tercera, pero con tanto examen no había tenido tiempo de hacerlo, estaba realmente enfadada con ella misma.

Eran las dos y cinco cuando llegó al portal y Julián ya estaba allí, él una vez más se levantó para saludarla, la abrazó y le dio un beso en la frente que ella no esperaba, y a decir verdad le gustó, le gustó más de lo que desearía que le hubiese gustado; porque ella no sabía si quería a aquel muchacho,

Esa tarde, no hubo ninguna charla sobre grupos de música, tampoco ningún debate sobre quien debería de ser considerado el más torpe del instituto, el cual siempre estaba entre Cairo Rodríguez, un chico cubano de tercero de la ESO o el mismo Julián, que también era un poco torpe.

Una vez más, Julián supo advertir que la chica no estaba teniendo un buen día, así que abrió sus brazos y le ofreció un abrazo a la chica que fue, sorprendentemente aceptado por esta.

El abrazo se prolongó, añadiendo también algún que otro beso en la cabeza por parte de nuestro chico de oro y que quizá y solo quizá, nuestra chica respondió con suspiros hasta las tres y cuarto cuando el coche de la madre de Julián asomó por la esquina; entonces, y solo entonces, Julián soltó a Rose y le dio dos besos en la mejilla haciendo cosquillas con su nariz en la parte que unía sus lóbulos a la piel de su cara.

Cuando Julián se montó en el coche de su madre, esta le preguntó que quién era esa chica, a lo que Julián solo pudo sonreír y decir que era una amiga.

Vale, ¿lo vas pillando Fuego? No era algo en lo que tú pudieses meterte sin que nadie te llamase, las cosas no se hacen así por aquí y lo sabes, eres uno de los veteranos, se supone que deberías saber que esto no entra dentro de tu terreno.

Podías quemar miles de cosas inútiles, o molestas como el patriarcado, las bolsas sin ansas, o yo que sé, a la gente que le pone pizza a la piña, pero no, tú tenías que meterte en algo tan bonito como esto.

Hasta Discordia está más revuelta de lo normal, y eso que a ella le encanta el drama, Pesadillas está hiperactivo últimamente y Descanso no ha dormido en muchas horas seguidas, ¿sabes qué diantres pasa si Descanso no duerme? Que llega Cansancio, el viejo tío Cansancio, nadie quiere por aquí a ese viejo cascarrabias, pero es que espérate, porque después de Cansancio llega Estrés y después Ansiedad, y ese trío de carcamales nos tienen a todos revolucionados.

En un par de meses llegó el verano y con él las vacaciones, el último día, Julián y Rose salieron a la una, lo que les permitió hablar un poco más, pero también descuadró el horario de Julián, lo que hizo que se pusiera un poco nervioso, pero al parecer, cuando vio que la chica le daba un papel con su número se quedó un poco helado.

No había pensado en que en verano ya no llevaría el mismo horario que ahora así que esa tarde se dedicaron a hablar sobre cómo iban a cuadrar los horarios para poder verse, porque Julián tenía un horario muy pautado ese verano como todos los veranos desde que tenía seis años.

Se despertaba todas las mañanas sobre las nueve, excepto los sábados cuando se





despertaba a las diez; parpadeaba dos veces para después estirar los brazos hasta tocar el cabecero de la cama, seguidamente pasaba sus dedos índice y pulgar por su tabique nasal dos veces, una hacia abajo y otra hacia arriba.

Quitaba las sábanas de encima de él apartándolas con el brazo derecho, doblaba la espalda hasta tocar sus pies con las manos, y solamente cuando había hecho toda la rutina, se levantaba, se calzaba las sandalias de plástico que había enfrente del armario, abría la puerta con la mano izquierda y salía a desayunar al salón.

Después salía a dar un paseo hasta las doce y media, cuando regresaba a casa para ayudar a su madre a hacer la comida y poner la mesa.

A las seis iba a ver a su abuela y estaba con ella hasta las ocho, entonces su madre, su abuela y él se iban a el polideportivo a cenar, después jugaban al dominó hasta que se cansaban y se iban a dejar a su abuela a su casa, poco después llegaban a su casa y se ponía el pijama haciendo el mismo ritual que por las mañanas, pero a la inversa.

Después de debatir sobre cómo y cuándo se verían, Julián decidió romper su rutina para ir a verla en el tiempo del paseo matutino, le ponía un poco nervioso romper la rutina, pero sabía que merecería la pena.

Más o menos en el tercer día de la segunda semana de julio, cuando Julián iba a ver Rose, se convenció mentalmente de que ese día saldrían del portal.

Cuando Rose bajó Julián se levantó y como siempre la abrazó y le dio un beso en la frente, mientras que se abrazaban Julián le propuso salir a tomar algo en ese momento, supongo que Rose aceptó por que la pareja deshizo el abrazo y se cogieron de la mano para sorpresa del otro.

Julián no podía parar de sonreír y mirar al suelo por la vergüenza.

Después de un rato caminando llegaron a la heladería y pidieron dos granizados de limón para llevar, pagaron y salieron a seguir con su paseo hasta llegar al polideportivo del pueblo donde se sentaron a disfrutar del sol en un banco frente a la piscina y hablar un poco. En ese momento a Julián le gustaría haber sido un poco más alto para poder abrazar con comodidad a Rose y ella deseaba ser más bajita para poder refugiarse del sol hostigador en el cuello de quién parecía ser su chico.

Surgió un silencio en la conversación, un silencio que no sabría si definir como cómodo o incómodo. A Julián le pasó por la cabeza el besarla, pero no sabía si hacerlo o no.

Rose pensó en cómo sería besarlo, le gustaba la idea, así que lo miró y cogió el mentón del chico para después, rápidamente, rozar sus labios con los de su acompañante.

Ni tan siquiera hay que decir que esto tomó por completa sorpresa a Julián, pero esto no hizo que el chico se quedase pasmado, quizá el estar planteándose el besarla hizo que respondiera rápido al acto y no quedase como un idiota.

El beso, más que un beso fue un roce, cuando sus labios dejaron de tocarse, Julián tocó cara de la chica a la altura de su mejilla y le dio otro pico, se volvieron a coger de las manos y se dirigieron a la casa de la chica, donde se despidieron con otro beso.

Esa tarde, después de comer, Rose puso una cafetera y se fue a descansar, sin



darse cuenta de que había un trapo demasiado cerca de ti y tú, cómo no, viste la oportunidad de hacer de las tuyas.

Sobre las cinco y media cuando Julián se disponía a ir a casa de su abuela, pasó por la puerta del edificio de Rose y algo lo alarmó.

Un camión de bomberos estaba con las sirenas puertas y de un balcón salía demasiado humo, del segundo piso, el chico dudaba con miedo de lo que veían sus ojos, él mismo había visto alguna vez a Rose asomarse a aquel balcón.

Sus miedos se hicieron realidad cuando le preguntó a una mujer que había allí, era el segundo piso, el segundo A, Rose vivía allí. Según esa mujer no hubo supervivientes dentro de ese apartamento.

Julián pensó que el corazón no le funcionaba, no podía ser, no hacía ni diez horas que le había estado con Rose, no podían pasar tantas cosas en tan poco tiempo, Rose no podía estar muerta, él la había besado esa mañana en el polideportivo, no se podía acabar ya, no podía irse tan rápido, toda su rutina nueva se había hecho añicos en segundos, en milésimas de segundos.

Rose vivía sola, se había emancipado al cumplir los dieciséis, su trato con sus padres no era el mejor, lo que por lo menos dejaba claro que no había más muerte que la suya y la del corazón del chico.

El curso empezó otra vez, Julián seguía yendo todos los días al portal de esa chica, día tras día iba allí y se sentaba, después, se quitaba la mochila y la dejaba en la pared de la izquierda, en el tercer escalón, ajustaba las gomas de sus calcetines entre una y demasiadas veces, como todos los días, pero su rutina se rompía todos los días, cuando daban las dos y cinco Rose no aparecía por allí.

Desde la primera semana de ese curso el chico había añadido una segunda parte a la rutina, se apoyaba en la pared y lloraba recordándola.

¿Entiendes ya lo que has hecho? ¿Entiendes lo que acabas de hacer con el corazón de ese pobre chico? Lo has destrozado, igual que el cuerpo de esa chica, destrozado, tuvieron que hacer pruebas de ADN para saber quién era la chica.

Por eso, la JCSIA, junta de cosas y seres inertes y abstractos, al ver la amenaza que supones para los humanos, ha decidido que se te adjuntará una supervisora hasta nuevo aviso, Agua, de modo que siempre que haya una oportunidad de que tú te liberes, ella tenga la oportunidad de controlarte, en mayor o menor medida.

Un saludo,

La directora de la JCSIA, Experiencia.

Sara Haro (4ESOD)



EL GUARDIÁN DEL ALBA

Las calles de la ciudad del Vaticano son tan magníficas como repugnantes. La fría sombra de la guerra acaecida años ha, había hecho mella en los rostros de la gente en forma de oscuros recuerdos. Pero hoy, 16 de octubre, no se respira más que alegría primaveral debido a la elección de Karol Józef Wojtyła como nuevo pontífice. El Sol mediterráneo de una tarde color champán exigía que fuera un día para ensalzar la figura del Creador y gritar a los cuatro vientos cuán grande es su misericordia, me encantaba pensar en esto. Me hacía recordar mi juventud convulsa llena de noches de frenesí y de desafío hacia la autoridad paterna. Mi juventud podría fácilmente resumirse en un período en el que mi apetito e ilusión hacia la vida eran etéreas y, por supuesto, una etapa en la que perdí el respeto hacia todo lo que no fuera yo mismo. Desde luego aquel lapso maldito de rebelión sin sentido tocó a su fin, como no podía ser de otro modo, cuando le perdí el gusto al conflicto, a la vida nocturna, tan halagada y anecdótica como monótona e infeliz. Y empecé a admirar a la verdadera y profunda amistad, al auténtico y mágico valor de ponerse de acuerdo con una persona y cuando encontré el amor por mis padres biológicos y por el Padre. Así hallé el poder de las palabras y del amor. Porque debajo de la máscara que cada ser debe forjar, ceñirse cada día y moldear según la sociedad, hay más que carne y hueso aunque por necedad y absurda ciencia se niegue esta ley.

Mi abuela era una persona que hablaba más que nadie. Hablaba siempre de lo difícil que había sido su juventud, de las cartas de amor que mi abuelo le enviaba (y que debo decir que plagué para hacerme el romántico con alguna chica) y de la crianza de mi padre y mi tío. Estaba enamorado de ella, de su sonrisa, de sus lágrimas, de sus abrazos, de sus juegos. Pero sobre todo estaba agradecido a Dios por haber hecho que mi camino se enderezara gracias a ella, gracias al amor. Por eso hablaba, más que con palabras, con ese cariño dorado y celestial que es el amor de una abuela. Sus acciones gritaban en latín, para que solo los sabios las entendieran, mientras que sus palabras susurraban en castellano del sur. Ahora ese arte y pasión que solo tienen los seres humanos para hablar sin mover los labios, se ha extraviado o ha sido subyugado a la existencia en un segundo plano. Y me compadezco de esa gente que entre sí se demuestra, abierta e incluso públicamente, un cariño superficial, falaz y carente de autenticidad sólo para que los demás vean que, efectivamente, son "cariñosos". Me compadezco de mí y de la humanidad, por lo que doy rienda suelta, en el preciso instante en el que me dispongo a entrar al "Habemus Caffè", a una lágrima de esas que son como las primeras que sollozas en años, aunque en realidad no había pasado tanto tiempo desde que lloré por última vez.

-¡Qué lugar tan indigno para dejar caer una gota de mi alma!- pensé en voz alta, lo que hizo que de repente todos los que se hallaban en el local me miraran con extrañeza y condescendencia, incluido también el camarero y jefe de aquel remanso de paz, que era mi único "amigo" fuera de la Santa Sede, Pietro.

-¿Otra vez hablando en español, padre Claudio?- me dijo en un tono y postura, que aparte de revelar su condición sexual, me pareció adorable y me hizo recordar lo mucho que me gustaba la sátira moderada y la burla amistosa.

-Nadie puede borrar su pasado, ¿no crees?- dije sosegadamente en un italiano imperfecto, pero que a juzgar por la expresión de mi interlocutor, era de sobra entendible e incluso hizo que el gesto de su cara cambiara súbitamente.





-¡Yo no he borrado mi pasado, solo he huido de él!- dijo elevando la voz y con una expresión de enfado que irradiaba olas de ira contenida y profunda tristeza.

-Pietro, ojalá pudiera quedarme para hablar sobre ti, sabes que me encanta escucharte. Pero hoy no puedo, tengo trabajo- dije aún más calmado pero afligido, sabiendo que mi comentario le había dado justo donde dolía.

Pietro y yo nos hicimos amigos enseguida debido a que teníamos en común rasgos de nuestra personalidad muy similares. Estos rasgos se debían a etapas de nuestra vida que nos habían marcado de forma única pero distinta entre ambos. Teníamos en común la huella que dejaron en nosotros aquellas etapas. Aunque lamentaba que él aún no estuviera preparado para perdonar a sus padres y a sí mismo. Por mucho que yo le insistiera y lo intentara convencer de que lo querían con locura, aunque no estuvieran de acuerdo con su homosexualidad. Él se callaba y cogía un vaso para limpiarlo mientras miraba al suelo con la mirada perdida. Por eso lloraba por Pietro muchas veces y sentía esa necesidad de darle un abrazo que también sentía cuando mi abuela vivía. -Ojalá no se acabe el amor en el mundo- pensé.

-¿Necesitas al cachondo del taxi inglés que me tiré hace una semana?- me dijo con una sonrisa coqueta que había rebrotado de la tristeza original que yo le había originado. Me culpabilicé por un instante pero aún compungido, le respondí.

-Creo que se llamaba Paul, ¿verdad? -dije metiendo mis manos en los bolsillos de la chaqueta y mirando con deseo al mostrador de bollería de la cafetería que regentaba mí amigo.

-Puedo llamarlo si quieres -dijo con la misma sonrisa pero esta vez, enseñando la preciosa dentadura inmaculada que tenía, y que era lo que más llamaba la atención de él.

-Sería de gran ayuda- le dije sonriendo y dejando escapar una risilla provocada por su gesto nada más pronunciar esta frase. Cogió el teléfono y llamó al taxista que me recogería en la puerta de la cafetería, también mencionó que el pago sería en efectivo en casa de Pietro esa misma noche si el inglés no tenía inconveniente alguno.

Así fue como me monté en aquel vehículo, que no pintaba nada en Roma, sino que parecía sacado de las mismísimas calles de Londres. Y Paul se despidió de Pietro con un gesto de la mano, característico de la sobriedad británica, mientras que el italiano le guiñó escandalosamente el ojo y le sonrió. No medié palabra con mi chófer nada más que para pedirle amablemente que condujera hasta el barrio "Prati", el más opulento y solemne de toda Roma y que mostraba con elegancia y equilibrio la demediada arrogancia humana. Durante el transcurso de aquel pequeño trayecto, sólo pude pensar en una cosa mientras miraba a través del cristal que mostraba cómo lo que había sido una magnífica tarde iba a dar paso prontamente a una húmeda noche. Aquella cosa era lo que me había reconcomido desde el preciso instante en el que creí conocer mi destino, el día que junto al remanente activo de las órdenes militares del Temple, de San Juan de Jerusalén y del Santo Sepulcro decidí fundar una sociedad secreta al servicio de la cristiandad y también de la humanidad: "La guardia del alba", cuyo principal propósito era encontrar, capturar y llevar ante la justicia (ya sea civil o divina) a los líderes del culto a lo oculto que residen en las diferentes partes de la geografía mundial. Una caza de brujas que creía menos sangrienta que



su antecedente medieval, hasta que me di cuenta de que estaba luchando contra el mismísimo diablo, y aunque profundamente en mi alma y en mi corazón supiera que yo no era el villano, siempre reposaba escandalosamente la gran duda de si el fin justificaba los medios. Desde luego, la conclusión siempre era la misma: es cuando luchamos que hemos perdido o, si lo matas te convertirás en aquello que precisamente has destruido. Sin embargo, durante la travesía en automóvil, me cuestionaba temeroso la razón por la cual decidí dar el paso que me convirtió en un paladín de la orden que yo mismo fundé y que ahora estaba empezando a odiar. Esa razón fue a brotar en medio de mi tempestuosa mente tal y como Cristo calmó la tormenta en las aguas del mar de Galilea, dando una lección de fe a aquellos que observaron su omnipotencia. Y en ese consagrado y sacramental instante fue cuando no dudé ni un segundo de mi lugar en la Creación y de mi asiento en el banquete de los jardines del Edén. Ese fugaz ápice de tiempo sucedió justo cuando me bajé del carromato bretón, sin que su piloto me diera el tiempo necesario para darle las muchas gracias que se merecía por su respetuoso silencio.

Me avergonzaba el haber averiguado la ingenua e impura motivación escondida detrás de mi falsamente sacro oficio. Esa razón sarracena era que nunca dejé de ser del todo un adolescente aventurero, inmaduro e inconsciente. Nublaron mi juicio el deseo de heroicidades, la seductora oportunidad de desafiar al diablo mismo y el poder lucir la reluciente capa que lucía el lema: "Vi veri vniversum vivus vici". Y fui transformado en el héroe que todo espectador desea ver en una película de Hollywood. Lamentablemente para los espectadores, un verdadero y audaz caballero jamás impondría su voluntad asesinando a "los malos".

Procedí a caminar hacia el banco donde había de aguardar a mi socio secreto, que había llegado al punto de encuentro antes que yo. Me senté a medio metro de él, se notaba que era un profesional pulido con los años, disimulaba no haberme visto mientras leía la prensa que narraba la elección del nuevo Papa. Con ese mismo disimulo me hizo entrega de un folio normal, doblado cuidadosamente por la mitad dos veces, que contenía unas coordenadas y las palabras "ELIMINAR. NO TESTIGOS". Inmediatamente, se marchó doblando su periódico y dejando olvidado sobre el banco su mechero que no le devolví intencionadamente. Pasé un buen rato mirando aquel papel, seguro del camino que iba a tomar mi vida en ese momento y finalmente lo incineré. Sabía que tenía que confesarme, pero no aún, esperaré años hasta que considerara que el remordimiento por mis atroces actos fuera suficiente para que lo reconociera como arrepentimiento.

Así que desaparecí. De la hermandad, de mi familia y del mundo. Fingí mi muerte en una travesía en avión, la burocracia precaria de los países de Latinoamérica me permitió realizar tamaña farsa con relativa facilidad y pasé a convertirme en quien estaba destinado a ser. Un hombre de paz, un hombre de silencio, un defensor del indefenso y hogar del desamparado. Y con mi sacrificio por fin cumplí el lema de la "Guardia del Alba": por el poder de la verdad, mientras viva, habré conquistado el universo.



